Figuras de la historia sexual Los procesos bifásicos y su intersección con lo inconsciente, lo pulsional y la memoria.

Carlos Moguillansky

La sexualidad no es todo,
pero está en todo.
André Green, 1997.

Introducción

A cien años de la publicación de *Lo inconsciente*[1] y de *Pulsiones y destinos de pulsión*[2] ¿qué pensamos de esas nociones? ¿Con qué definición de ellas pensamos nuestra clínica actual? ¿Qué validez tiene hacer esas preguntas, sin caer en respuestas imposibles de sostener o tan vagas como las preguntas que las incitan? Es mejor no dejarse engañar por esa tentación y responder solo con lo que hoy nos guiamos, sabiendo que agregamos nuestra propia quimera a los inciertos hechos de siempre. Ellas proponen un problema nada sencillo. Por un lado, son ideas que se pueden rebatir como cualquier otra hipótesis científica y por otro, son un emblema del psicoanálisis (o peor: ¡de los psicoanalistas!), pues definen nuestra práctica y son el zócalo intelectual de todas las corrientes analíticas. Aun así, debemos admitirlo, cada provincia psicoanalítica tiene su modo de pensar estas nociones, en acuerdo a sus fundamentos. No es mi intención recorrer esas pers-

1 Freud, S. (1915): Das Umbewusste. *Int. Zeitschrift ärztl. Psychoanalyse. Bd. 3. G. W. Bd. 10*:264.

2 Freud, S. (1915): Triebe und Triebschicksale. *Int. Zeitschrift ärztl. Psychoanalyse. Bd. 3 G. W. Bd. 10*: 210.

pectivas, sino en todo caso señalar qué se juega en cada vértice nocional y qué precio –teórico, práctico y clínico– se paga por ello. Más allá de las divergencias e imposibilidades del diálogo con otras latitudes, intento trazar líneas de transferencia entre esas ideas y alguna hipótesis actual, y explorar la interrelación de los procesos bifásicos con las hipótesis de lo inconsciente, de la memoria y de la pulsión.

Alejado de una teoría de las facultades psíquicas, el psicoanálisis demostró la interdependencia de las distintas manifestaciones psíquicas y su mutua limitación, en acuerdo al respeto por la represión y la función simbólica. Freud reconoció la necesidad dinámica de una doble inhibición psíquica, que cuidara que el exceso de realidad psíquica no afectara una necesaria objetividad y que el exceso de realidad fáctica no anulara la singularidad creativa del individuo. Señaló el rol del yo en la inhibición de la alucinación mnémica en su "Proyecto…" y luego apuntó que el pensar preconsciente se fundaba en la negación –como subrogado de la represión. Sin ellas, el pensar genera desarrollos de displacer que afectan su objetividad (Freud, S. 1925[3]; Moguillansky, C. 2011[4]). Su idea del conflicto psíquico dio una armoniosa solución a la tensión dinámica entre dos realidades –fáctica y psíquica– igualmente atendibles. El acto creativo humano se cuida por igual de no inundar con su "alucinación aloplástica" la realidad fáctica ni de permitir que esta aplaste o anule su creatividad. En el conflicto dinámico de la vida ordinaria, el problema central reside

[3] Freud, S. (1925): Die Verneinung. *Imago, Bd. 11:217.*

[4] Moguillansky, C.: Observaciones sobre el rol de la negación y la desmentida en el relato clínico. *Controversias en Psicoanálisis sobre Niños y Adolescentes,* n. 8, 2011. Las funciones de la subjetividad están entrelazadas y limitadas mutuamente, según lo ilustra la siguiente viñeta: "Un equipo de cine documental filmaba a David Hockney (2003) mientras pintaba uno de sus habituales *landscapes* en Yorkshire. La mañana era soleada, pero él sostenía que estaba pintando la niebla matinal del día anterior. Cuando el sol salió detrás de una nube, Hockney exclamó disgustado: '¡otra vez este sol de m...!'. Cabría preguntarse por qué Hockney pinta la niebla del ayer en el día soleado del hoy… En la viñeta, su acto no es un capricho y su percepción del bosque de hoy parece tan necesaria como su memoria de ayer. En la tensión entre lo propio de su subjetividad y lo práctico de su realidad asienta un fenómeno simbólico. La mañana de sol restringe el efecto del recuerdo neblinoso de ayer. Ese efecto evita la alucinación literal que produciría su memoria irrestricta; por otro lado, el recuerdo de ayer impide la copia literal de la realidad soleada de hoy, dictada por su percepción no subjetiva".

en administrar el balance entre el exceso de la necesaria intención de cambiar la realidad y el exceso de la igualmente necesaria adaptación a la misma. Ese hecho adquiere una dimensión dramática cuando se juega la alternativa entre la respuesta normal –que genera más complejidad ante mayores estímulos– o la caída en la retracción autista. Estamos ante una escena vincular en la que participan necesariamente varios personajes. Hoy es difícil rebatir que el psiquismo de un niño es impensable sin la presencia del objeto materno, pues el deseo de la madre forma parte de su nacimiento psíquico y tiene un activo papel en el llamado a sus primeras transferencias. También aprendimos sobre la importancia de las palabras, por su valor significante y por su melodía afectiva, que un bebé distingue desde muy temprano (Isaacs, S. 1948[5]).

En el terreno de la memoria, ese balance se ve reflejado en la doble remisión entre el recuerdo y la experiencia actual. Freud señaló en su Carta 52, que la inscripción de los recuerdos tenía al menos un doble registro: por un lado, una referencia témporo-espacial al momento y el lugar donde ese hecho fue vivido, y, por otro, una referencia asociativa posterior de ese recuerdo al resto de la vida psíquica. Esa referencia asociativa tenía diversos niveles tópicos –inconscientes y preconscientes– y adoptaba la expresión propia de cada nivel: similicadencia, anagrama, etc. en lo Inconsciente y asociaciones de sentido en lo Preconsciente. La simple extrapolación de esa idea permite pensar cien años después que, cada vez que se viven nuevas experiencias, se apela a los recuerdos para comprenderlas. Ellos dan un punto de referencia singular, al otorgar un significado personal a las mismas. Esta función interpretativa de la realidad, que realiza la memoria, se sostiene en el enlace asociativo que los recuerdos establecen con los hechos psíquicos. La transferencia enlaza a doble vía los recuerdos y las vivencias actuales durante el pensamiento inconsciente de vigilia. Así, interpreta las vivencias y les otorga un significado comprensible. A esa función la llamé la interpretación de la transferencia, para enfatizar su activo rol en la generación de significado de la vivencia

[5] Isaacs, S. (1948): Naturaleza y función de la fantasía. *Desarrollos en psicoanálisis*. Buenos Aires, Hormé, 2000.

actual. En contraste, en ese mismo acto y en dirección opuesta, la transferencia se ofrece como una vía de actualización de la memoria, en su pugna por realizarse y encontrar una versión actual de sí misma.

La silueta como lugar de límite y de alojamiento simbólico de la experiencia

Esa condición –asociativa y en dos fases– de la memoria hace posible que nuestra historia se reescriba con cada nueva experiencia vivida y permite que en un psicoanálisis se lleve a cabo un cambio psíquico. La interpretación de la transferencia y la elaboración de nuestros recuerdos es una tarea simultánea, a doble vía, que se realiza cada vez que se experimenta un hecho relevante. En cada hecho clínico, el énfasis puede iluminar una función más que otra. Así, podemos decir que una experiencia solo se comprende con ayuda de la memoria o que un recuerdo alivia su significado con la perspectiva –actual– del mismo. Esa tarea, que realizan entre sí la vivencia actual y el recuerdo, produce una rica transformación mutua, asentada en la dimensión bifásica de la vida psíquica. En la viñeta, la mañana soleada de Hockney ofrece un contorno imaginario-simbólico y también un límite pulsional que han surgido en la impresión sensorial que produjo esa mañana en su sensibilidad: no se deben desdeñar ni su percepción del sol ni sus ideas sobre el sol ni el efecto que esos hechos producen en su ánimo. Esos marcos libidinales, perceptivos y simbólicos limitan el recuerdo de Hockney e impiden que este inunde alucinadamente su pintura. De igual modo, puede decirse que la tela enmarca y aloja las ideas del pintor, sin impedir que ellas surjan como un acto pictórico. Algo similar ocurre en la sesión analítica y en cualquier acto donde lo pasado se actualiza en el contorno –sesión, tela– del presente (Moguillansky, C. 2010)[6]. Esas acciones son bifásicas: la sesión analítica,

[6] Moguillansky, C.: *Decir lo imposible.* Buenos Aires, Teseo, 2010. La silueta es un marco que aloja a la experiencia y le otorga un límite imaginario y simbólico. Tiene un rol elaborador en la catástrofe psíquica, al ofrecer un ámbito delimitado para la asignación de un nuevo significado transferencial –personal– a la vivencia traumática.

igual que la mañana soleada, ofrece un marco anacrónico y heterogéneo al recuerdo de la mañana neblinosa.

La construcción del significado de la mañana neblinosa se sostiene y limita en las férreas y sutiles márgenes de la experiencia actual de la mañana soleada, que sirve de referencia simbólica, perceptiva y pulsional a la expresión del recuerdo. El sostén que ella realiza no es un acto pasivo, pues tiene a su cargo una activa contención simbólica, que, veremos luego, introduce un acto de represión/negación. La función contextual de la mañana soleada es generalizable a todo acto narrativo, pues la vivencia ostensiva del recuerdo necesita del contorno narrativo, para lograr su cabal expresión simbólica comunicable, pensable y recordable. Sin ella, queda como una huérfana simbólica, a merced de su retorno *cuasi* alucinado en la repetición de la transferencia, al actualizar su pasado en una ecuación confusa con el presente. La acción narrativa –ejercida por la mañana soleada sobre la mañana neblinosa– es una acción metafórica usual, que distingue la diferencia entre la actualidad del relato y su referencia a un pasado ya vivido. Hamlet habla con el espectro de su padre, pero aun así, sabe que él está muerto. Ese dato contextual distingue a la escena de una locura alucinatoria y, luego, permite que la misma sea traspuesta simbólicamente por Hamlet a una pantomima, donde él denuncia el crimen.

Al recorrer la sucesión histórica de las ideas freudianas, se advierte que estas ideas se construyeron con gran esfuerzo, desde la primera versión de la memoria como una impresión en una tabla rasa, hasta la compleja interrelación perceptivo-simbólico-libidinal de nuestros días. En ese recorrido, nos impacta el salto intelectual realizado por Freud, quien partió de un modelo médico, sostenido en la neurología –que estudia las lesiones de la mente– hacia un modelo narrativo, donde prevalecen la realidad psíquica y la fantasía. El salto implicó un cambio del objeto de estudio y una transformación ética de la cura del neurótico, que pasó de la relación médica con el síntoma al vínculo comprensivo con las razones emocionales de su vida. Si bien nuestra técnica se orienta hacia el valor significante de los recuerdos y de las fantasías, tanto el vínculo psicoanalítico como la transferencia basculan sobre la temperatura y la distancia emocional entre analis-

ta y analizado y de ambos con la producción narrativa de aquél. En esta transformación, la historia clínica –sostenida en el modelo médico– pierde su carácter cronológico y pasa al formato del historial, más interesado en una subjetividad libre y retroactiva, que redacta –a partir de sus efectos de sentido– una y otra vez su autobiografía, con las consecuencias que eso tiene (de Man, P., 2007:147[7]). La representación autobiográfica –la máscara– implica la necesaria participación de una función de ocultamiento, que escamotea una y otra vez algo ajeno y reprimido de la escena, que si bien es lo más real del sujeto, requiere estar reprimido en su cabal expresión narrativa. Lo pulsional, lo inconsciente y la represión forman parte de cualquier construcción psicoanalítica de la memoria.

Por otra parte, a partir del énfasis en lo cualitativo y emocional de la vida psíquica, podría creerse que se ha perdido el interés por lo pulsional, tan importante en las contribuciones iniciales. Sin embargo, hoy lo pulsional sigue ejerciendo un rol clave en la comprensión del significado de la vida. Freud señaló que la vivencia de satisfacción es una experiencia donde el propio cuerpo da un signo de realidad a una acción que, a partir de esa situación, puede calificarse como una acción específica. El dato es tomado con la mayor seriedad por la propia mamá, que ahora sabe qué necesita su bebé, y por el niño, que ahora sabe qué desea. El deseo se funda y se asienta en la reducción de tensión corporal que produjo la acción específica. Luego, será la marca mnémica y pulsional que da un signo de realidad a cada acción posterior que la satisfaga. Esta comprensión de los hechos se mantiene en la actualidad, más allá de los "destinos" de la pulsión en las teorías psicoanalíticas. En la práctica, esa referencia pulsional permite que una persona comprenda sus vivencias como su experiencia propia y personal. Como un curioso impuesto pagado por nuestra condición parlante, la referencia pulsional de lo *propio* –que juega un rol central

[7] De Man, P.: *Retórica del romanticismo.* Barcelona, Akal, 2007:147. "El sentido de narrar la propia historia proviene de la necesidad de dotar de un yo, mediante el relato, a aquello que previamente carece de Yo. El Yo no es así un punto de partida sino lo que resulta del relato de la propia vida, del mismo modo que durante la representación teatral la máscara oculta algo que no pertenece a la escena, una entidad que le es ajena y a la que, de hecho, ni siquiera sabemos si atribuir una forma" .

en la comprensión de la propia memoria– es la custodia de nuestra singularidad así como es la causa de nuestra neurosis (Moguillansky, C., 2009[8]).

La interpretación del mundo que realizamos con la transferencia genera una producción bifásica de sentido, que se derrama sobre la vida actual y sobre la propia historia, transformándonos en alguien distinto, hacia el futuro y hacia el pasado, en cada incidente de nuestra propia vida. Por ello, aunque la repetición es constante, aspira a una producción aloplástica y a una transformación autoplástica, que nos acerca a la invención de nuevas posibilidades. La repetición de la transferencia es la vía regia para la comprensión personal de la vida, desde la singularidad de nuestro deseo y de nuestra historia. En esa vorágine de transformaciones, lo pulsional opera como un amarre corporal y, junto a las marcas de la memoria, indica el signo de realidad de la experiencia, que ejerce la custodia de lo que nos es más singular y propio de cada uno. Freud entrevió esto en su "Proyecto…" (Freud, S. 1895[9]) y hoy seguimos pensando lo mismo. La marca pulsional es la custodia de autenticidad de la experiencia, que señala el camino que conduce a casa; un camino que tantas veces se esfuma, en la enajenación de la pertenencia a causas impropias o ajenas –consumistas o sobre-adaptativas– o bien, en la regresión a pautas de entrega y dominación –que tantas veces terminan con nuestra esclavitud adictiva a personas, sustancias o actividades. Esta impronta de lo pulsional sostiene una versión propia frente a la violencia de una interpretación ajena y, de hecho, genera la convicción sexual puberal, que es un punto de referencia propio y necesario para sostener la subversión adolescente frente al discurso parental.

La condición bifásica de la vida psíquica fue señalada por Freud desde los inicios. En su "Proyecto…" esta surgía desde la dimensión bifásica del sexo –infantil y puberal– y elevó esta situación a un carácter general de la neurosis, cuya causa finalmente residiría –como

[8] Moguillansky, C.: El lugar de lo propio en la práctica psicoanalítica. En Aryan, A. y Moguillansky, C., *Clínica de adolescentes.* Buenos Aires, Teseo, 2009.

[9] Freud, S. (1895): *Entwurf einer Psychologie. Aus den Anfängen der Psychoanalyse* 1887-1902. Fischer Verlag.

ya se adelantó– en la memoria. Hoy nos vemos tentados a realizar dos ampliaciones a esa hipótesis. En primer lugar, ampliar su extensión más allá del terreno de la neurosis y considerarla un carácter general de la vida psíquica; en segundo lugar, sugerir que lo bifásico va más allá de su dimensión sexual, al formar parte del carácter habitual de la función mnémica. Los recuerdos se modifican y reformulan, en una permanente reconstrucción de la propia historia, al ser afectados retroactivamente por las nuevas configuraciones del Yo. La dimensión bifásica provee un anacronismo de estructura en la formación del recuerdo; este se apoya, por un lado, en sus primeras marcas históricas, y retiene de ellas la referencia témporo-espacial; y por el otro, mantendrá una valencia abierta a los significados que vendrán a dar su color personal, en acuerdo a la experiencia del sujeto. Cada una de las dos dimensiones del recuerdo tiene un amarre a la realidad: la marca histórica sostiene una verosimilitud de lo que se vivió, y el aporte de significado personal se sostendrá en el deseo del sujeto, el que a su vez remite a sus pulsiones y a sus efectores sexuales. Lo inconsciente, la memoria y la pulsión tienen un triple vínculo de mutua remisión –uno en otra– organizado como un complejo funcional central en la realidad psíquica.

Finalmente, en las neurosis, lo pulsional es dominado por la represión. Quizás este es el punto de mayor contraste entre el momento fundador y nuestros días. El esfuerzo de Freud y de sus discípulos fue signado por el levantamiento de la represión y por la liberación del ser humano de sus ataduras. Ese es un hecho comprensible, debido a la moral victoriana contra la que luchaban en esa época y al paradigma clínico de la cura de las neurosis. Hoy, el estudio de las locuras –y su distinción respecto de las psicosis– hizo virar el foco del problema, al mostrar el rol psíquico del ejercicio de la represión o, para decirlo mejor, el lado virtuoso de su función. Un hecho que se constata en la niñez corriente y en el extraordinario progreso clínico de los niños en análisis, cuando se logra instalarla en aquellos que padecen su falta –un lugar promisorio del psicoanálisis en el abordaje de las presentaciones psicóticas y del autismo secundario. Por lo demás, el estudio del *acting out* y de la transferencia ilustró el cambio tópico,

económico y dinámico, cada vez que la transferencia logra ser cifrada por la interpretación. Enfatizo cifrar sobre descifrar, para destacar el efecto de ligadura que tiene la palabra sobre la transferencia, cuando ella resulta una puesta en acto de la escena de lo inconsciente. En ese caso, la eficacia de la interpretación logra que la transferencia mude su destino, desde su ligadura a objetos infantiles –crudamente actualizados en la presentación transferencial– hacia su representación en las palabras que le ofrece el análisis. Si bien la interpretación psicoanalítica descifra la transferencia, al brindar una comprensión de ella, su acción solo es efectiva si logra cifrarla en un anudamiento a una metáfora, que establezca un acceso de la transferencia al territorio de la narración, del pensamiento y la comunicación. Esa doble acción levanta primero la represión secundaria –que oculta o desfigura el sentido transferencial– y, una vez que eso ocurre, produce la ligadura de ese sentido a una metáfora, que en ese momento alberga y sostiene a la transferencia. Este segundo momento de la interpretación inaugura un efecto de negación y ofrece un límite narrativo al posible desarrollo de displacer, una vez que se ha levantado el dique represivo anterior. Por ello, a partir de la interpretación eficaz, el paciente sintomático –que sufría de su transferencia–, logra pensar, saber y recordar en las actuales condiciones de negación/represión psíquica, que ahora permiten lo que le estaba vedado por su conflicto represivo (Freud, S., 1925[10]; Moguillansky, C., 2011[11]).

En el inicio del psicoanálisis se enfatizó el primer tiempo de la interpretación –que levanta la represión– al considerarse que la represión era una acción espontánea que custodiaba la barra psíquica. Ahora, se rescata el segundo tiempo, al reconocer la garantía narrativa de la interpretación, que permite el pensar. Esta consideración –cuyo origen posiblemente se sitúe en el aporte de W. Bion sobre la función

[10] Freud, S. (1925): Die Verneinung. *Imago*, Bd. 11:217. *G. W.* Fischer Verlag.

[11] Moguillansky, C.: Observación del rol de la negación y la desmentida en el relato clínico. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes,* n. 8, 2011. *www.controversiasonline@apdeba.org.*

alfa (1962 a[12], b[13])– obliga a un replanteo de lo Inconsciente y la represión, pues la segunda tiene una función imprescindible en la vida normal, más allá de su rol patógeno en el conflicto neurótico. En el tramo final de esta lectura me referiré a este aspecto del problema de lo inconsciente y a los costos teóricos y clínicos de las perspectivas analíticas que no toman en cuenta a la represión y/o restringen artificialmente la extensión del concepto de la escisión del Yo.

Finalmente, deseo destacar la honestidad científica de Freud, quien no dudó en sostener sus hallazgos, más allá de las, por momentos, enormes inconsistencias teóricas que estos proponían a la globalidad de su teoría. Él sostenía los datos contradictorios para la *doxa* propia de su tiempo, y sostenía su valor de evidencia que, como diría Charcot, "no les impedían existir". Al acompañar ese recorrido y sostener esas contradicciones, el desafío de hoy nos interpela sobre si ya estamos en condiciones de pensar libremente esos conceptos, sin el riesgo del anatema que nos tilde de impuros profanadores de verdades sagradas. En mi opinión personal, el mejor modo de honrar un concepto fundador es discutirlo y sacarlo de la tumba sagrada donde fue sepultado. Esta fue la actitud de Freud respecto de sí mismo y de sus ideas previas, en su búsqueda de la verdad.

Primeras aproximaciones. Del modelo médico lesional al disturbio narrativo de la memoria

Tradicionalmente lo Inconsciente describe los contenidos psíquicos inaccesibles a la conciencia. Así, son inconscientes las manifestaciones que, dado su bajo interés psíquico, carecen de la suficiente investidura para ser representadas en la conciencia. Esta descripción tiene solo un valor didáctico y carece de interés clínico. En la neurosis, lo Inconsciente es más específico y se restringe a las ideas no canceladas de un conflicto previo, que alguna vez fue consciente y

[12] Bion, W.: A Theory of Thinking. *Int. Journal of Psychoanalysis*. Vol. 43, 1962 (reprinted in *Second thoughts*).

[13] Bion, W.: *Learning from Experience*. London, Heinemann. 1962.

luego fue sofocado. Ellas retornan en sueños, olvidos, síntomas, lapsus o actos de término erróneo. Tal es el caso del olvido del nombre de Signorelli, que padeció Freud en un viaje a Italia. Esa viñeta de Freud ilustra cómo un pensamiento sexual sofocado se disocia del pensar consciente y luego es desalojado de su condición preconsciente. En ese caso, recupera los lazos asociativos de su nuevo estatus tópico –similicadencia, anagrama, condensación– distintos a los de la consciencia. Freud llamó represión a esta disociación "horizontal" de la vida psíquica y así la distinguió de otra disociación, pensada por P. Janet como "vertical". Janet pensaba que los estados segundos histéricos eran estados disociados de la conciencia, que se alternaban en el control del sensorio y de la voluntad. Él pensaba que esa alternancia oscilaba entre estados similares de la conciencia, sin ninguna distinción sistemática ni funcional entre ellos. Freud pensó los hechos de un modo diferente y estableció que la escisión era horizontal, pues separaba una tópica inconsciente con reglas y funciones diferentes a las de la conciencia. Su hipótesis no era sólo una tesis sobre la histeria, sino una hipótesis general sobre el rol de la memoria en la función psíquica, asociado al particular lugar del lenguaje y de la sexualidad en la vida humana. Al hablar de estados con funciones diferentes, concluyó que la escisión de la represión no es isomorfa. Luego, al abandonar la idea de la neurosis como un trastorno producido por una experiencia lesiva, logró avanzar hacia la idea –hoy establecida– de *la neurosis como un trastorno asociado a un disturbio de la memoria.*

Esta convicción tuvo su propia prehistoria. En su formación inicial en las clases de Charcot en la Pitié-Salpêtrière, Freud participó de las ideas médicas sobre la histeria como el resultado de una lesión traumática. Al igual que cualquier traumatismo, la histeria sería una herida producida por una lesión, que necesita cicatrizar. Charcot reproducía artificialmente esa situación a través de la sugestión de un paciente, a quien le inducía la conversión histérica con su orden post-hipnótica. Durante años, la hipótesis lesional presidió las psicoterapias iniciales, a la espera de una abreacción terapéutica de la experiencia conmocionante. Las experiencias solían relatar escenas de seducción sexual infantil, a manos de un adulto, y fueron agru-

padas en una teoría etiológica de la seducción sexual, dando lugar a *la noción del trauma sexual precoz. Éste era una experiencia lesiva, virginal o pre-puberal, previa a la capacidad de comprensión sexual que surge en la adolescencia, con el desarrollo genital normal*. (Anzieu, D., 1995[14]). Esa primera versión del trauma sostenía la primacía de la vivencia lesional, aunque ya introducía dos puntos esenciales en la solución del problema: la comprensión de la experiencia sexual está asociada a una experiencia corporal-pulsional. Esta primera conclusión permanecerá casi sin cambios durante todas las modificaciones de la teoría traumática: *la comprensión del significado de una experiencia se logra a través de una experiencia corporal* (Freud, S., 1895[15]). Esa experiencia corporal implicaba una comprensión realizada por los efectores sexuales llamados a actuar por la vivencia. Como conclusión, la experiencia de comprensión corporal está *presidida por la vida pulsional*. Este es el trasfondo de la frase de Green respecto a que la sexualidad no es todo en la vida psíquica, pero está en toda ella. *La vida psíquica tiene en la sexualidad su referencia comprensiva fundamental*. Según esas razones, Freud pensó que la pre-pubertad predisponía al trauma sexual, al carecer de un efector sexual genital que permitiera comprender la vivencia sexual. Esa hipótesis traumática no sobrevivió a la crítica del tiempo y quedó restringida al campo de lo que llamaríamos las neurosis simples, surgidas en una conmoción vital. Esas neurosis transitorias, a diferencia de las psiconeurosis, se curan espontáneamente, sin necesidad de ninguna pesquisa en la memoria del sujeto. La distinción entre las neurosis simples y las psiconeurosis marcó la real importancia del conflicto psíquico –ahora también, del conflicto sexual– en la génesis de las neurosis, que luego serán llamadas psiconeurosis de transferencia.

La asociación de conflicto psíquico con la noción de conflicto sexual forma parte de las conclusiones iniciales de Freud, al establecer la estrecha correspondencia entre los hechos de la memoria con el

[14] Anzieu, D.: Descubrimiento de Freud del trauma sexual precoz. *Psychanalyse de l'Enfant, 9. Rev. N y A,* n. 8. 1995.

[15] Freud, S. (1895): *Ibíd.* Probablemente el antecedente principal sea su descripción del complejo del semejante.

significado corporal, sostenido en la erogeneidad del propio cuerpo, cuyos efectores sexuales, al ser llamados por el psiquismo, aportan su valor pulsional. Esa conclusión adopta su forma más elaborada en *Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad,* cuando Freud establece que la fantasía llama al cuerpo, aún en el estadio de placer de órgano, y este placer selecciona sólo a aquellas fantasías que logran convocarlo. Entre ambos instituyen la dimensión erótica corporal y construyen al futuro cuerpo erógeno y a sus zonas erógenas, escritas y delimitadas desde aquella fantasía –ahora sexual– que logró convocarlas (Freud, S., 1908[16]). Esa construcción supone la participación de la represión primaria y la constitución de lo inconsciente, pues la soldadura entre fantasía, memoria y cuerpo erógeno es del orden de una fijación, que no es otra cosa que el primer tiempo de la represión. Este asidero corporal histórico instala un aquí y ahora amarrado al propio cuerpo, que formará parte, en otro nivel, de las referencias deícticas –témporo-espaciales– del recuerdo. Como se puede apreciar, la teoría se ordena sobre sí misma y cada una de las nociones de memoria, cuerpo, inconsciente, pulsión, represión y fantasía remiten una en otra en la estructuración de la erogeneidad y del significado sexual –luego emocional– de la vida psíquica.

Las histerias no sufren de vivencias, sufren de recuerdos

Volvamos un poco atrás…

La teoría de la seducción y la primacía del trauma sexual precoz fueron cuestionadas por la clínica. Era difícil suponer que detrás de cada histeria hubiera un adulto perverso seductor y, más decisivo aún, la abreacción de la experiencia traumática no resolvía los casos y a poco andar surgían los síntomas de nuevo. Freud llegó así a su segundo gran hallazgo: se preguntó si sería la vivencia lo que enfermaba o si, por el contrario, la histeria enfermaba de recuerdos. Esta distinción

[16] Freud, S.: Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität. *Zschrt. Sexualwiss*. *Gesammelte Werke* 7:191.

fue decisiva para Freud y para el destino final de su teoría. *La teoría de la represión da en el clavo del problema central de la histeria, al explicar el rol de los recuerdos –infantiles y sexuales– en la causación de la neurosis*. Esa sorpresiva conclusión inauguró un nuevo campo de experiencia y sentó las bases para una indagación distinta de la neurosis. Ahora la historia pierde énfasis en favor de los efectos de sentido, que construyen la memoria, y del vértice narrativo-ficcional de la verdad personal en cada experiencia. Si en un primer momento la *talking cure* se asentaba sobre la anamnesis de la vida real del paciente, ahora esa misma conversación se dirigía a los aspectos subjetivos y singulares de cada experiencia. Este punto de encrucijada abrirá nuevos caminos y polémicas sobre el valor de lo histórico y el rol de la memoria y de la fantasía. Una discusión aún no zanjada y que veremos tendrá importancia a la hora de discutir cómo se produce y enferma la memoria[17]. En este punto la Carta 52 tendrá una inesperada vigencia, al haber distinguido las distintas modalidades de inscripción de la experiencia en la memoria: primero, como registro témporo-espacial y luego, como un registro asociado a nuevas ligaduras de significado. Si el primero de los registros está fuertemente soldado a la historia real del sujeto, el segundo tiene un desfasaje temporal de enorme importancia, pues ese anacronismo permite tanto la emergencia de sentidos posteriores a la experiencia –los post-efectos (Freud, S., 1895[18]) conocidos vulgarmente como *Nachträglichkeit*– como los pasos de latencia necesarios para que acontezca la represión (Freud, S., 1938[19]). Según esta idea actual, la cuestión bifásica se presenta en distintos territorios del psiquismo, además de lo que ocurre en la sexualidad y, como veremos, en ella reside una de las claves de la creación del significado psíquico (Rancière, G., 2012[20]; Didi-Huberman, G., 2006[21])

17 En efecto, hoy se discute si toda la patología neurótica es un efecto de la memoria o si una experiencia traumática juega un rol de importancia, especialmente en los fenómenos de abuso sexual a un menor.

18 Freud, S.: *Entwurf einer Psychologie*. 1895. *Aus den Anfängen der Psychoanalyse. 1887-1902.* S. Fischer Verlag.

19 Freud, S.: *Der Mann Moses und die monotheistische Religion.* S. Fischer Verlag, .

20 Rancière, G.: *Figures de l'Histoire*. Paris, PUF, 2012.

21 Didi-Huberman, G.: *Ante el tiempo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.

De la mano del descubrimiento del rol del recuerdo llegó un nuevo hallazgo: la sexualidad infantil. Un hecho de tanto peso en la concepción global del psicoanálisis que Freud no dudó en erigirlo en una bandera de similar valor a la de lo inconsciente, en especial a la hora de resolver las disputas en el movimiento analítico de los años 1910 a 1920. La sexualidad infantil y lo inconsciente tuvieron un rol tan determinante en la teoría como la regla fundamental –de la asociación libre y la atención flotante– en la clínica. Esas nociones daban el tono a una práctica terapéutica que sostenía su método en la búsqueda de las raíces inconscientes de las neurosis, que realizaban su efecto patógeno desde su arraigo en la memoria infantil. Por ello, la psicoterapia era una práctica discursiva, sostenida en la libre asociación, al servicio de replicar los modos asociativos que se suponía que existían en lo inconsciente, siguiendo las evidencias de las formaciones de compromiso, especialmente los sueños y los síntomas.

Esta búsqueda del recuerdo patógeno estaba estrictamente ligada a una nueva definición del trauma. Freud abandonó tanto la idea de la cura por abreacción como la del trauma prepuberal en favor de una nueva teoría de lo traumático. Ya no se usaba la sugestión ni se trataba de dar curso libre a una herida de la experiencia. La hipótesis del trauma lesional, ligada al inicio médico del psicoanálisis, dejó lugar a otras ideas, surgidas de la práctica psicoterapéutica. No era importante que su *neurótica* le mentía, como reza la anécdota; sino que él había descubierto en el análisis de Emma Eckstein, que lo traumático era un post-efecto puberal (*Nachträglich*). *En él resonaba un recuerdo infantil sexual-pre-sexual junto a las vivencias sexuales puberales, que ofrecían anacrónicamente un significado sexual actual y corporal –pulsional– a aquel.* Ese segundo paso –aún provisorio– en la comprensión del síntoma histérico señaló varios avances definitivos: si bien quedaba claro la importancia de un primer tiempo experiencial, que diera una base histórica a la memoria, el sentido de la misma era un efecto posterior a la experiencia, pues ella en sí misma no era patógena. Emma había tenido juegos sexuales con un pastelero; había ocultado esos hechos a sus padres y había repetido las visitas a sabiendas de lo que iba a ocurrir. Podría agregarse que ella encontró algún placer erótico en esos toqueteos. Sin embargo, y allí está la clave del

descubrimiento, nada patológico ocurrió tras esa experiencia infantil. *El síntoma histérico surgió luego, como el resultado de una resonancia entre dos representaciones casi similares*: los vestidos puberales y los vestidos infantiles, la mirada risueña actual de los vendedores y la sonrisa del pastelero infantil eran simulacros, pseudo-similitudes, que permitieron la emergencia de un nuevo sentido, que impregnó por igual a ambas escenas: la escena infantil pre-puberal y la escena puberal o, para decirlo con más precisión, un nuevo sentido construido en conjunto por el recuerdo de una experiencia infantil y por el sentido sexual que aportó la experiencia pulsional puberal. Tanto el primero como el segundo aportan las bases témporo-espaciales de las vivencias y el encuentro entre ambos genera un plus de sentido –ahora sexual–, un hecho de lenguaje que se derrama por igual sobre ambas escenas. Esto indica una condición sexual pulsional que surge como un efecto de sentido anacrónico a la vivencia y que impregna la experiencia actual, *après-coup* y *avant-coup,* de ambas escenas. En este paso de la vivencia (*Erlebnis*) a la experiencia (*Erfahrung*) el sujeto se implica e imprime sus propias referencias –sexuales– de significado (Benjamin, W. 1913[22]).

Menudo tema conciliar la tesis traumática de la sexualidad infantil, que hace centro en la idea de una neurosis infantil previa a toda neurosis, con la tesis traumática del post-efecto puberal (*Nachträglich*). Freud dejó estos dos cabos sueltos, con toda la importancia que cada uno de ellos tenía para su teoría, sin intentar resolver su aparente contradicción, algo que en todo caso quedaría para más tarde.

De paso, consignemos que esas ideas son la base de dos concepciones sobre el determinismo psíquico: una que considera una continuidad procesual histórico-genética entre el origen infantil y la neurosis actual, y la otra, que no ve la necesidad de una tal continuidad genética entre el origen y el suceso actual. Sea como fuere, la idea bifásica del post-efecto armoniza con las hipótesis sobre la memoria y el olvido, que distinguen una inscripción inicial –témporo-espacial– y una inscripción anacrónica de la primera con un post-efecto

[22] Benjamin, W.: Erfahrung (1913). *Gesammelte Schriften. Band II.* Frankfurt, Suhrkamp. 1991: 54.

significante –dador de sentido (Rancière, G., 2012[23]; Moguillansky, C., 2014[24]). Si bien inicialmente Freud consideró al post-efecto sólo como el resultado de la condición bifásica del sexo humano, la dimensión bifásica resultó también una condición propia de la inscripción de la memoria[25].

Freud volvió sobre el post-efecto en el *Historial de una neurosis infantil* (Freud, S., 1917[26]). Nada menos que en ese artículo, donde apela a la evidencia de una experiencia infantil real –la escena primaria– para sostener su hipótesis etiológica sobre la sexualidad infantil. Allí dice que el sueño de los lobos es un recuerdo de la escena primaria sexual de sus padres, que ¿fue vista? por él a la edad de un año y medio o de dos años y medio. Lo interesante de la hipótesis freudiana reside en que él sostuvo que en el sueño ocurre un nuevo acto de represión primaria, y que de esa vivencia onírica emerge la fobia infantil. Reproduzco a continuación dos citas de ese texto, para sostener mi hipótesis sobre el cambio teórico de Freud:

> "Primera, que un niño de la temprana edad de año y medio pueda acoger las percepciones de un proceso tan complicado y conservarlas tan fielmente en su inconsciente; segunda, que luego, a los cuatro años de edad, sea posible una elaboración a posteriori de las impresiones recibidas, destinada a facilitar su comprensión…" (Freud, S., *Ibíd.*).

> "El desenlace de su sueño fue un acceso de angustia, del que no logró tranquilizarse hasta que tuvo junto a sí a su chacha. Huyó, pues, lejos de su padre, refugiándose al amparo de la niñera. Tal angustia era una repulsa del deseo de que su padre le procurara la satisfacción sexual, deseo que le había inspirado el sueño. Su ex-

[23] Rancière, G.: *Figures de l'Histoire.* Paris, PUF, 2012.

[24] Moguillansky, C.: Panel sobre el dolor. Congreso Fepal, Buenos Aires, 2014.

[25] Véase al respecto lo que ocurre con el recuerdo de una experiencia catastrófica en las neurosis traumáticas, donde solo se establece el registro témporo-espacial y falla el registro asociativo dador de sentido.

[26] Freud, S.: Aus der Geschichte einer infantilen Neurose (Der Wolfsmann). *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre.* Leipzig und Wien, 1918.

teriorización en el miedo de ser devorado por el lobo era tan solo una mutación —regresiva, como más adelante veremos del deseo de servir de objeto sexual al padre; esto es, de ser satisfecho por él como su madre. Su último fin sexual, la actitud pasiva con respecto al padre, había sucumbido a una represión, siendo sustituido por el miedo al padre bajo la forma de la fobia al lobo. ¿Cuál podría ser la fuerza motora de esta represión? Conforme a la situación general, no podría ser más que la libido-genital narcisista, que se resistía, en calidad de preocupación de perder su miembro viril, contra una satisfacción, de la cual parecía condición indispensable la renuncia al mismo. Del narcisismo amenazado extrajo el sujeto la virilidad con la cual se defendió contra la actitud pasiva con respecto al padre." (Freud, S., *Ibíd.*)

En el sueño, la escena primaria, hasta ese momento anodina, gana un nuevo significado psíquico y, debido a ello, es reprimida primaria. Nos encontramos con un efecto de *Nachträglichkeit* una vez más, pero ahora no ha hecho falta llegar a la pubertad. El post-efecto ocurrió en plena infancia, cuando la escena primaria –que ocurrió esa tarde en la habitación de sus padres– ganó un significado sexual con un efecto de displacer suficiente como para determinar una represión primaria. Es interesante que Freud se rehúse a definir la escena como un recuerdo, quizás porque advierte que la misma aún no contenía el agregado de sentido sexual que le otorga el sueño, con la emergencia del deseo sexual pasivo y con la angustia de castración. La escena primaria sería una vez más un ejemplo de aquellas marcas de memoria, que aún no han obtenido una significación/comprensión anacrónica desde las referencias sexuales del individuo; y que la obtiene en el curso del sueño, cuando el deseo sexual pasivo estimula la rememoración de la escena, la represión primaria y el acceso de angustia. La vida pulsional es la fuente de comprensión y de significación de las experiencias del sujeto, pues otorga su vértice sexual singular, desde el que la vivencia –aún no un recuerdo en los términos de Freud– es apropiada como un recuerdo o si se quiere como una experiencia.

Con esta evidencia, Freud reafirma la preminencia de la sexuali-

dad infantil respecto de las hipótesis de Jung –él comprendía los hechos como el efecto de una fantasía actual, proyectada regresivamente como un recuerdo infantil. Ahora, sin las ataduras de la experiencia lesional del trauma sexual ni de la necesidad del significado sexual puberal, *Freud reafirma sus hipótesis respecto de que lo pulsional aporta un significado novedoso que resuena en el recuerdo de una experiencia anterior y genera entre ambas un proton pseudos que, lejos de ser una mentira, es una nueva versión narrativa y ficcional de la verdad de la realidad psíquica, una nueva figura de la historia sexual, que se constituye en la vida infantil del neurótico.* Esa polémica no es menor al poner en tensión nada menos que los dos puntos de anclaje de la realidad psíquica: la historia sexual infantil da cuenta tanto de la historia vivida como de una referencia pulsional al deseo del sujeto. De ese modo, la subjetividad no es una retórica vacía y se amarra a lo que llamamos la realidad psíquica.

Escisiones y disociaciones

Volvamos una vez más a Emma. Ella visitó al pastelero y tuvo sus juegos eróticos con él, sabiendo que esa era una actividad prohibida por sus padres. De otro modo, no habría ocultado esos hechos. Ella de alguna manera "sabía" que eso que ella hacía estaba mal. Sin embargo, prosiguió haciéndolo sin menoscabo de su salud psíquica. Hoy diríamos que Emma adoptó una actitud común en la infancia y en la adolescencia, en la que se disocian dos escenas: una en compañía de sus padres, y otra, en los juegos eróticos con el pastelero. Esa disociación de Emma elude el conflicto entre su lealtad a las reglas parentales y su deseo de proseguir su experiencia erótica. En un caso así ¿se puede hablar de una escisión de la sexualidad? O considerar que esa situación infantil suele formar parte de la experiencia sexual corriente de un niño. Aun podemos abundar y decir que el pastelero era un sucedáneo edípico del padre y que, de ese modo, Emma tuvo una experiencia de abuso sexual infantil. La cuestión de fondo reside en que en esa experiencia –escindida, clandestina, maníaca o como

queramos definirla– Emma no sufrió síntomas como sí lo hizo en su pubertad. Es poco probable que la estructura psíquica de Emma cambiara desde su improbable niñez perversa a su comprobada histeria adolescente. Más bien deberíamos inclinarnos a pensar que las disociaciones formaron parte de su neurosis y que, en algún momento, estas se resolvieron en una integración psíquica, como fue la escena de la tienda. Esto ocurre usualmente en la pubertad, cuando el Superyó, personificado en una figura concreta de la familia, se interioriza como una instancia impersonal y propia y resuelve parcialmente las escisiones previas. Cuando eso ocurre en el terreno de las neurosis, el síntoma histérico surge cuando ya es imposible seguir con la creencia en la ilusión proyectiva de una disociación y mantener una escena dividida de la vida sexual.

En esta nueva versión de los hechos del caso Emma, estamos introduciendo una nueva escisión. Las dos disociaciones que hemos discutido, descriptas por Janet y Freud, se distinguen de esta otra, que deberíamos discutir si corresponde o no a lo que Freud llamó escisión del Yo (1927[27]; 1938[28]). Ella también cursa con una tópica vertical, entre los juicios que aceptan la regla parental y aquellos que la eluden. En Emma se podría afirmar que el juego erótico elude las reglas edípicas de la castración impuestas por la educación familiar ¿implica eso que las desmiente? A partir de los *Studien über Hysterie*, la polémica entre la disociación vertical, propuesta por Janet, y la represión freudiana fue en principio zanjada a favor de esta última. Sin embargo, la observación de las neurosis ilustra un sinnúmero de situaciones clínicas corrientes, que cursan según el patrón usual de la desmentida y de la disociación vertical del Yo, y producen una vivencia inconsciente, cuya naturaleza convendría discutir, en su triple condición económica, tópica y dinámica ¿cómo pensar esa escisión, en tanto ella forma parte de la neurosis corriente?

En su trabajo sobre el fetichismo, Freud describe la escisión del

[27] Freud, S.: Fetischismus. *Int. Zeitschrift für Psychoanalyse.* 1927. *Fetichismo. O.C.,* Buenos Aires, Amorrortu, 1979.

[28] Freud, S.: (1938) Die Ich-Spaltung im Abwehrvorgang. *Int. Zeitschrift für Psychoanalyse*. Imago, 1940.

Yo. Él señala que ésta solo existe en los varones, en la que la creencia fetichista de un pene ilusorio se escinde de las corrientes psíquicas que aceptan la castración y provoca una seria escisión permanente del Yo. "El fetiche es el sustituto del falo de la mujer (de la madre) en que el varoncito ha creído y al que no quiere renunciar" (Freud, S., 1927:148). A partir de este artículo*, esta escisión del Yo fue considerada el mecanismo central de la perversión, a despecho de lo señalado en Pegan a un niño.* En efecto, allí Freud había sostenido que las fantasías perversas eran desarrollos defensivos del *Complejo de Edipo* y respondían a este complejo central de las neurosis. Esta nueva aseveración exigía varias restricciones. En primer lugar, sólo podía ser perverso el varón, pues la mujer carece de la posibilidad estructural de generar dicho mecanismo. Luego, esta escisión debía acontecer sólo en la perversión sexual, como una defensa específica ante la amenaza de castración. Ambas restricciones tuvieron innumerables objeciones clínicas. La mujer podía disponer de una experiencia sexual polimorfa tan amplia y cruel como la del varón y en ese caso, su clínica se explicaría a partir de la estructura neurótica –histérica– de la misma. En segundo lugar, la delincuencia y la vida antisocial usan los mismos mecanismos de escisión del Yo para generar una ley local, diferente de la ley genérica, sin tener un motivo sexual específico para realizarlo. Tercero, el modelo usual de las creencias –asociadas al pensamiento esotérico– usa el mismo método defensivo, sin tener un motivo sexual específico en su origen. Y por último, eran muchos los casos de neurosis comprobada en los que los mecanismos de escisión del Yo se alternaban con los mecanismos de represión usual. Los cuadros de adicción a drogas y los trastornos esfinterianos de la adolescencia cursan con una severa escisión yoica de naturaleza maníaca, que debería ser analizada en detalle a partir de ahora, para confirmar o desacreditar sus diferencias o similitudes con la escisión del Yo fetichista. Estas razones proponen un debate sobre los límites y especificidades de la perversión en su relación con las neurosis. Emma padece una patología disociativa en la infancia, que se torna en un síntoma histérico en su adolescencia. ¿Con qué herramientas teóricas y clínicas analizaríamos hoy esa situación sexual, siendo ella una

niña, una mujer, una histérica, en fin, una excepción a casi todas las restricciones teóricas y clínicas impuestas por la escisión del Yo? Finalmente, ¿no podría argumentarse algo similar con el Hombre de los lobos, donde también coexistían fenómenos represivos y escisiones del Yo? Al fin y al cabo, es uno de los casos donde Freud encuentra la fantasía de *Pegan a un niño*.

Años después, la contribución de M. Klein (1946[29]) sobre los estados esquizoides brindó una amplia experiencia clínica y teórica sobre las disociaciones verticales en el seno de la experiencia neurótica, que suelen estar acompañadas por vivencias de persecución o de euforia maníaca. Así encontramos nuevamente la disociación vertical, que escinde dos o más componentes isomorfos; pues el elemento escindente y proyector de la identificación proyectiva es de naturaleza similar al elemento escindido y proyectado de la misma. En todas las variedades de la retórica defensiva de las identificaciones proyectivas, ambos retienen un aspecto del yo junto a una relación de objeto. M. Klein consideró que las emociones tempranas impregnaban estas experiencias defensivas y determinaban el uso defensivo primitivo de la proyección y la introyección. Esta concepción remplaza al recuerdo por la fantasía, en una situación defensiva donde la dimensión temporal y espacial se desdibuja, a favor de la idea de una posición, pensada como un complejo de ansiedades y defensas, donde la versión ficcional de la verdad gana una gran preminencia, al calor de la experiencia emocional de la transferencia. Sin dudas, la gran importancia de esta contribución y la indudable confrontación que surgía a partir de sus asertos, ha generado una controversia con los pensamientos freudianos y post-freudianos, desde su origen hasta nuestros días. Una vez más estamos ante observaciones de gran importancia, cuya integración en una sola teoría unificada resulta muy difícil de lograr. Solo haré algunas observaciones sueltas. Primero, lo que en Freud aparece como un trastorno asociado a la desmentida de la castración, en el modelo kleiniano aparece como una defensa maníaca, asociada a un severo trastorno confusional. ¿Podemos asimilar ambas posiciones

[29] Klein, M.: Notes on some Schizoid Mechanisms. *Int. J. of Psychoanalysis,* 27. 1946:99-110.

defensivas? Sin dudas, el problema no está en el campo fáctico, pues todos los analistas, sin distinción de escuelas, han observado la escisión en la experiencia sexual y en las actitudes adictivas, respecto de la ley genérica. El campo de la polémica resiste sin embargo a la hora de evaluar las implicancias de utilizar un modelo teórico o el otro. Por otro lado, se debería tener en cuenta qué valor heurístico se le da a un modelo específico para un trastorno –como la perversión– y qué valor tendría un modelo genérico que puede observarse en la generalidad de los casos neuróticos, más allá de sus indudables variedades de intensidad y de gravedad clínica.

Más allá de las polémicas entre escuelas sobre el predominio de la represión o el de las escisiones de sentido vertical, hay consenso en que muchas vivencias corrientes, si no universales, están presididas por la defensa de desmentida o la negación de la realidad psíquica y material: las prevenciones sobre la muerte, las desgracias de los seres queridos o el destino luctuoso en general, o bien, en el terreno de las exageraciones del amor. Esas actitudes apartadas del juicio crítico ilustran el influjo de la irracionalidad omnipotente, que medra por fuera de una cancelación judicativa, que está impedida por la escisión psíquica. En esos casos, ¿qué escisión del Yo preside a nuestro pensamiento esotérico y a nuestras creencias más cotidianas?

Finalmente, ¿cómo entender la pacificación transferencial –clínica y sintomática– que surge a partir de una interpretación mutativa, si no es a través de un proceso metafórico de simbolización? ¿Cómo eludir la respuesta de que allí ha ocurrido un fenómeno de represión secundaria, suficiente como para establecer las condiciones imprescindibles de negación psíquica, que permitan el pensamiento? Si bien seguimos sosteniendo el paradigma clínico del levantamiento de represiones como un eje central de la cura de las neurosis, es también un hecho que en la cura analítica se establecen represiones secundarias, toda vez que un *acting out* deviene en una narración. Si esta experiencia clínica corriente para cualquier analista es entendida como un antes y un después, como un *turning point* estructural donde cambian las condiciones tópicas, económicas y dinámicas del diálogo analítico, ¿cómo entender la economía previa a dicha interpretación? ¿Cómo

definir el estatus de la escena transferencial previa a dicha interpretación? ¿Qué hay antes de la represión en la vida adulta, qué defensas operan allí, o simplemente se trata de aquellas que conocemos como las defensas de escisión del Yo?

Al modo de una conclusión provisoria

A cien años de aquellos trabajos, encontramos el mismo problema desde un ángulo distinto. ¿Cómo nos explicamos hoy los traspiés de nuestra memoria? Hoy sabemos que nuestro psiquismo tiene una extraordinaria capacidad de olvido, que envidiarían nuestras computadoras, sumergidas como están en una montaña creciente de basura informativa. Sin embargo, a veces somos incapaces de olvidar y necesitamos un laborioso trabajo psíquico para resolver esos olvidos sintomáticos, que son nuestra manera obstinada de necesitar recordar. Otras veces, el dolor nos impide saber qué hemos vivido en esas oportunidades en las que una vivencia catastrófica nos impidió comprender nuestra vida; y allí nuevamente penamos hasta encontrar aquella metáfora que nos amarre a un sentido y nos libere de nuestra repetitiva necesidad de buscar nuestra cifra. Otras veces, quedamos descaminados de nuestra ligadura emocional con nosotros mismos y con los demás, aparentemente perdidos de nuestro deseo en la enmarañada maleza de nuestras sensaciones y nuestros apetitos de prestigio o de poder. Una vez más necesitamos que algo o alguien nos rescate y nos reponga las migas de pan de nuestro camino a casa. A estas razones podrían agregarse otras. En todas ellas, nuestra memoria requiere estar ligada a nuestra vida emocional y afirmarse en aquellas primeras marcas, donde nuestra vida pulsional hizo huella en nuestras fantasías y donde nuestro cuerpo fue escrito por nuestras ilusiones, justamente allí donde el conflicto central de nuestra vida psíquica estableció las palabras, que definen qué podemos saber de nosotros mismos y qué debemos no saber que sabemos acerca de la misma cuestión.

Ante estas diferentes variantes de la escisión psíquica, parece aconsejable adoptar una primera idea de lo Inconsciente como un ad-

jetivo que distingue un modo de funcionamiento psíquico, que se erige independiente de la voluntad consciente y que ejerce su influencia sobre ella, orientando sus metas generales o generando formaciones de compromiso –sueños, síntomas, lapsus, olvidos, etc.– que son el resultado visible de su poder causal. Sin embargo, las reglas del funcionamiento inconsciente nos obligan a pensar en algo más que un adjetivo, pues la tópica inconsciente tiene una dinámica y una economía que le son propias. El funcionamiento inconsciente tiene una manera de transferir sus investiduras y una retórica de enlace de sus representaciones que son idiosincrásicas y que, al mostrar sus efectos en el pensar consciente, nos dan un atisbo de su singular modo de operar.

Al igual que lo que ocurre con la contradicción entre la teoría ondulatoria y la teoría quántica de la luz, nuestras observaciones se bifurcan según qué aspecto de la realidad psíquica observamos y en cada caso nos inclinaremos a una teoría o la otra. ¿Estamos entonces en condiciones de asumir una sola de esas visiones? ¿Vale la pena polemizar sobre las mismas desde la emblemática lealtad a un autor? ¿O conviene asumir un sano y humilde juicio crítico, que mantenga esas inconsistencias en su fecunda demanda de una explicación futura?

Bibliografía

Anzieu, D.: Descubrimiento de Freud del trauma sexual precoz. *Psychanalyse de l'Enfant, 9. Rev. N y a,* n. 8., 1995.

Aryan, A. y Moguillansky, C.: *Clínica de adolescentes*. Buenos Aires, Teseo. 2009.

Benjamin, W. (1913): Erfahrung. *Gesammelte Schriften. Band II*. Frankfurt. Suhrkamp, 1991:54.

Bion, W.: A theory of thinking. *Int. Journal of Psychoanalysis*. Vol. 43, 1962 (reprinted in *Second thoughts*).

———— (1962): *Learning from experience.* London, Heinemann.

Didi-Huberman, G.: *Ante el tiempo*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo, 2006.

Freud, S. (1895): *Entwurf einer Psychologie*. *Aus den Anfängen der Psychoanalyse.* 1887-1902. S. Fischer Verlag. Proyecto de una psicología para neurólogos. *O.C.*, Buenos Aires, Amorrortu. 1979.

Freud, S. (1908): Hysterische Phantasien und ihre Beziehung zur Bisexualität. *Zeitschrift Sexualwiss. Gesammelte Werke* 7:191. Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. *O.C. Ibíd.*

———— (1915): Das Umbewusste. *Int. Zeitschrift ärztl. Psychoanalyse. Bd. 3. G. W. Bd. 10*:264. Lo inconsciente. *O.C. Ibíd.*

———— (1915): Triebe und Triebschicksale. *Int. Zeitschrift ärztl. Psychoanalyse. Bd. 3 G. W. Bd. 10*: 210. Pulsiones y destinos de pulsión. *O.C. Ibíd.*

———— (1918): Aus der Geschichte einer infantilen Neurose (Der Wolfsmann). *Sammlung kleiner Schriften zur Neurosenlehre.* Leipzig und Wien, 1918. Historia de una neurosis infantil. *O.C. Ibíd.*

———— (1925): Die Verneinung. *Imago, Bd. 11:217.* La negación. *O.C. Ibíd*.

———— (1927): *Fetischismus*. *Int. Zeitschrift für Psychoanalyse. Fetichismo*. *O.C. Ibíd.*

———— (1938): *Der Mann Moses und die monotheistische Religion.* S. Fischer Verlag. Moisés y la religión monoteista. *O.C. Ibíd.*

———— (1938): Die Ich-Spaltung im Abwehrvorgang. *Int. Zeitschrift für Psychoanalyse*. *Imago*, 1940. La escisión del Yo y el problema de la defensa. *O.C. Ibíd.*

Isaacs, S. (1948): Naturaleza y función de la fantasía. *Desarrollos en psicoanálisis.* Buenos Aires, Hormé, 2000.

Klein, M.: Notes on some Schizoid Mechanisms. *Int. J. of Psychoanalyses, 27.* 1946:99-110. Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. *Obras completas*. Barcelona, Paidós, 1988.

Man, P. de: *Retórica del romanticismo*. Barcelona, Akal, 2007:147.

Moguillansky, C.: *Decir lo imposible*. Buenos Aires, Teseo. 2010.

———— Observación sobre el rol de la negación y la desmentida en el relato clínico. *Controversias en psicoanálisis de niños y adolescentes.* nº 8, 2011.

———— Panel sobre el dolor. Congreso Fepal, Buenos Aires. 2014. En prensa.

Rancière, G.: *Figures de l'Histoire.* Paris, PUF, 2012. *Figuras de la historia.* Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2013.

Schorske, C.: *La Viena de fin de siglo*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.